

*Fragmento de Habitantes de la materia fría oscura.
Técnica óleo. 130 x 195 cm. 2003 Diego Mazuera*

TODOS LOS NERUDAS

JUAN GUSTAVO COBO BORDA

“Delgado, narigón y taciturno” lo pintó Luis Alberto Sánchez y también caracterizó muy bien su voz al definirla como monótona y cavernosa, “de bonzo en día de fiesta”.

Voz que se alarga, que se arrastra y nos envuelve con su lentitud geológica, que nos ahoga con sus bienes minerales y sus iracundos arrebatos, que termina por cercanos con su mar de raíces envolventes.

Qué poco conocemos a Neruda, con su tono monocorde y su haz de relámpagos certeros.

Siempre vuelve, una y otra vez, a ese Sur que lo vio nacer, a esos rebeldes araucanos y a ese padre ferrocarrilero que no amaba demasiado la poesía, pero que tampoco soportaba comer solo. Invitaba a quien quiera que pasase por la calle. De ese vaivén incesante está hecha su obra. Y su figura.

RESUMEN:

Neruda, sus obras, sus amores, sus pasiones, son armónicamente articuladas por el autor en un recorrido que nos habla acerca de la vida del poeta chileno. Juan Gustavo Cobo Borda consigue dar a este texto un ritmo dulce y cadencioso como sólo un poeta sabe hacerlo.

ABSTRACT

Neruda, his works, his loves, his passions, are drawn together harmoniously by the author during a trip that talks about the life of the Chilean poet. Juan Gustavo Cobo Borda gives this text a sweet and melodious rhythm as only a poet knows how to do it.

El sombrío murciélago romántico de la adolescencia y el ya sagaz lector que recurría a Gabriela Ministral para conocer a los novelistas rusos.

El provinciano que arriba a la capital Santiago para ser profesor de francés, pero en realidad para leer a Víctor Hugo, Rimbaud, Lautremont y Baudelaire, sobre quienes siempre retornaría, hasta el final.

Fue siempre un poeta hambriento de cosas. De chécheres y frascos. De amigos y mascarones de proa. Pero fue también un solitario inerme y estremecido, que conoció el exilio, el silencio y la astucia.

En el Oriente aprendió a callar y de allí surgiría (1925–1935) ese oscuro terremoto submarino que fue *Residencia en la tierra*. El poeta feliz con su dolor de “Me gustas cuando callas porque estás como ausente”, ya aureolado por el reconocimiento inmediato de sus *Veinte poemas de amor* (1923–1924), se distanció de su gloria, de la crapulosa bohemia local y exploró en sí mismo las vetas de lo que muere, se desgasta y agoniza: el ser humano.

Sucede que me canso de ser hombre.

Sucede que me canso de mis pies y las
uñas

Y mi pelo y mi sombra.

Y en ese trance visionario previó el asesinato de su entrañable Federico García Lorca y la sangre insomne que aún corre por las calles de Madrid. Se transformó entonces en un poeta militante que siempre amó a Quevedo y que mandó al general Franco a los infiernos con palabras que aún deben dolerle:

Solo y maldito seas.

Solo y despierto seas entre todos los
muertos,

y que la sangre caiga en ti como la
lluvia,

y que un agonizante río de ojos cortados
te resbale y recorra mirándote sin
término.

Cantó entonces a la Unión Soviética y al padrecito Stalin, y sus amigos más cercanos parecían darle la razón en ese compromiso político: Alberti, Aragón, Eluard, Miguel Angel Asturias. Fabricó entonces una mala poesía de propaganda y llegó a ser elegido senador por el partido comunista chileno y por los mineros del salitre y el cobre. Solo que el porvenir de banderas rojas se clausuró muy pronto: González Videla, el traidor, lo obligó a dejarse la barba y andar clandestino por su Chile secreto.

Irónicamente habría que agradecerle la motivación para ese exuberante *Canto general* (1958–1949) donde toda América queda resumida en una enciclopedia en verso, desde el Machu Pichu ya proverbial hasta la intuición desnuda con que este poeta único se compenetraba con otros seres, llámese Hernando de Magallanes, Francisco Miranda, Simón Bolívar:

Bolívar construía un sueño,
una ignorada dimensión, un fuego
de velocidad duradera,
tan incomunicable, que lo hacía
prisionero, entregado a su substancia.

He aquí *El general en su laberinto*. Ya Neruda lo había dicho todo.

Descansó e hizo turismo a costa del internacionalismo proletario de entonces y

Fue siempre un poeta hambriento de cosas. De chécheres y frascos. De amigos y mascarones de proa. Pero fue también un solitario inerme y estremecido, que conoció el exilio, el silencio y la astucia.

ahora me divierte comprobar, gracias a la magnífica edición en cinco volúmenes de sus *Obras Completas* editadas por Galaxia Gutenberg y Cuidadas, muy bien, por el colombiano Nicanor Vélez cómo el incorregible enamorado que era Neruda planeó y usó las reiteradas invitaciones, regalías y premios de los países socialistas para programar sus adúlteros encuentros clandestinos con Matilde Urrutia. De allí *Los versos del capitán* (1951–1952). De allí el libro, la obra de teatro, la película que hicieron famoso a Antonio Skarmeta: *El cartero de Neruda*.

Pero la bonhomía de este poeta, trabajador incansable, verso a verso, vino a vino, no lograba apaciguar su lucidez descarada: “Escribo para el pueblo, aunque no pueda leer mi poesía con sus ojos rurales”. Por ello se permitía el juego revelador de su *Estravagario* (1958), donde el disparate revelaba el absurdo de las cosas, incluida, por supuesto, la política.

La mezquina e injusta carta abierta de los intelectuales cubanos en contra de Neruda, por haber visitado Estados Unidos y leído sus poemas, tan admirador siempre de Walt Whitman, bien podría mostrar, a partir de 1966, los duros años de lucha que aún le aguardaban. Encabezada por Nicolás Guillén, y urdida, con la aquiescencia de Fidel Castro, por Roberto Fernández

Retamar, bien supo Neruda cómo toda ella era una maniobra a costa suya para cuestionar el partido comunista chileno. Eran los eufóricos años de la revolución en marcha y la guerra de guerrilla. El Neruda pionero en la defensa de la revolución cubana, con su *Canción de gesta* (1958–1968) se limitó a consignar más tarde en sus memorias: “A Retamar sí lo conocí”.

“En la Habana y en París me persiguió asiduamente con su adulación. Me decía que había publicado incesantes prólogos y artículos laudatorios sobre mis obras. La verdad es que nunca lo consideré un valor, sino uno más entre los arribistas políticos y literarios de nuestra época”.

Neruda siguió adelante. Vio la invasión Rusa a Checoslovaquia y la crisis del socialismo. Aceptó ser candidato a la presidencia, para luego de lograr la unidad de la izquierda, cederle el paso a su amigo de tantos años Salvador Allende; defender, en París como embajador, la nacionalización del cobre y pelear contra la deuda externa; ganar en 1971 el Nobel y enamorarse, siempre inmaduro, siempre poeta, de una parienta de su mujer y escribirle versos incandescentes como los de *La espada encendida* (1969–1970):

Ven a quemarme y dividirme.
Ven a no continuarme, a mi extravío.
Ven, oh amor, a no amarme, a destruirme,
para que encadenemos la desdicha
con la felicidad exterminada.

Destruyeron su casa, rasgaron sus cuadros, quemaron sus libros. Franco había resucitado en Pinochet. Murió Neruda (1973). Su poesía sigue viva.

“Escribo para el pueblo, aunque no pueda leer mi poesía con sus ojos rurales”. Por ello se permitía el juego revelador de su *Estravagario* (1958), donde el disparate revelaba el absurdo de las cosas, incluida, por supuesto, la política.

RESEÑA DEL AUTOR:

Poeta y ensayista bogotano. Fue director durante una década (1973-1984) de la revista *Eco*, de Bogotá. Ha ocupado cargos diplomáticos en Buenos Aires, y Madrid, y fue embajador en Grecia. Miembro número de la Academia Colombiana de la Lengua desde 1993, y correspondiente de la Academia Española. Ha sido jurado tres veces del premio Juan Rulfo, (Guadalajara, México). Del Rómulo Gallegos (Caracas), del Reina Sofía de poesía iberoamericana (Madrid) y del Neustad, Universidad de Oklahoma, Estados Unidos.

DE “RESIDENCIA EN LA TIERRA”

CABALLERO SOLO

Los jóvenes homosexuales y las muchachas amorosas,
y las largas viudas que sufren el delirante insomnio,
y las jóvenes señoras preñadas hace treinta horas,
y los roncogatos que cruzan mi jardín en tinieblas,
como un collar de palpitantes ostras sexuales
rodean mi residencia solitaria,
como enemigos establecidos contra mi alma,
como conspiradores en traje de dormitorio
que cambiaran largos besos espesos por consigna.

El radiante verano conduce a los enamorados
en uniformes regimientos melancólicos,
hechos de gordas y flacas y alegres y tristes parejas:
bajo los elegantes cocoteros, junto al océano y la luna,
hay una continua vida de pantalones y polleras,
un rumor de medias de seda acariciadas,
senos femeninos que brillan como ojos.

El pequeño empleado, después de mucho,
después del tedio semanal, y las novelas leídas de noche en cama
ha definitivamente seducido a su vecina,
y la lleva a los miserables cinematógrafos
donde los héroes son potros o príncipes apasionados,
y acaricia sus piernas llenas de dulce vello
con sus ardientes y húmedas manos que huelen a cigarrillo.

Los atardeceres del seductor y las noches de los esposos
se unen como dos sábanas sepultándome,
y las horas después del almuerzo en que los jóvenes estudiantes
y las jóvenes estudiantes, y los sacerdotes se masturban,
y los animales fornican directamente,
y las abejas huelen a sangre, y las moscas zumban coléricas,
y los primos juegan extrañamente con sus primas,
y los médicos miran con furia al marido de la joven paciente,
y las horas de la mañana en que el profesor, como por descuido,
cumple con su deber conyugal y desayuna,
y más aún, los adúlteros, que se aman con verdadero amor

sobre lechos altos y largos como embarcaciones:
seguramente, eternamente me rodea
este gran bosque respiratorio y enredado
con grandes flores como bocas y dentaduras
y negras raíces en forma de uñas y zapatos.

DE "CANTO GENERAL" (1950)

XXVII

GUAYAQUIL

(1822)

Cuando entró San Martín, algo nocturno
de camino impalpable, sombra, cuero,
entró en la sala.

Bolívar esperaba.

Bolívar olfateó lo que llegaba.
Él era aéreo, rápido, metálico,
todo anticipación, ciencia de vuelo,
su contenido ser temblaba
allí, en el cuarto detenido
en la oscuridad de la historia.

Venía de la altura indecible,
de la atmósfera constelada,
iba su ejército adelante
quebrantando noche y distancia,
capitán de un cuerpo invisible,
de la nieve que lo seguía.
La lámpara tembló, la puerta
detrás de San Martín mantuvo
la noche, sus ladridos, su rumor
tibio de desembocadura.

Las palabras abrieron un sendero
que iba y volvía en ellos mismos.
Aquellos dos cuerpos se hablaban,
se rechazaban, se escondían,
se comunicaban, se huían.

San Martín traía del Sur
saco de números grises,
la soledad de las monturas
infatigables, los caballos
batiendo tierras, agregándose
a su fortaleza arenaría.
Entraron con el los ásperos

arrieros de Chile, un lento
ejercito ferruginoso,
el espacio preparatorio,
las banderas con apellidos
envejecidos en la pampa.

Cuanto hablaron cayó de cuerpo a cuerpo
en silencio, en el hondo intersticio.
No eran palabras, era la profunda
emanación de las tierras adversas,
de la piedra humana que toca
otro metal inaccesible.
Las palabras volvieron a su sitio.
Cada uno, delante de sus ojos
veía sus banderas.
Uno, el tiempo con flores deslumbrantes,
otro, el roído pasado,
los desgarrones de la tropa.

Junto a Bolívar una mano blanca
lo esperaban, lo despedía,
acumulaba su acicate ardiente,
extendía el lino en el tálamo.
San Martín era fiel a su pradera.
Su sueño era un galope,
una red de correas y peligros.
Su libertad era una pampa unánime.
Un orden cereal fue su victoria.

Bolívar construía un sueño,
una ignorada dimensión, un fuego
de velocidad duradera,
tan incommunicable, que lo hacía
prisionero, entregado a su substancia.

Cayeron las palabras y el silencio.
Se abrió otra vez la puerta, otra vez toda
la noche americana, el ancho río
de muchos labios palpó un segundo.

San Martín regresó de aquella noche
hacia las soledades, hacia el trigo.
Bolívar siguió solo.

DE "LA BARCAROLA" (1964-1967)

NOVENO EPISODIO

HABLA UN TRANSEÚNTE DE LAS AMÉRICAS LLAMADO CHIVILCOY

Yo cambio de rumbo, de empleo, de bar y de barco, de pelo
de tienda y mujer, lancinante, exprofeso no existo,
tal vez soy mexibiano, argentuayo, bolivio,
caribián, panamante, colomvenechilenomalteco:
aprendí en los mercados a vender y comprar caminando:
me inscribí en los partidos dispares y cambié de camisa
impulsado
por las necesidades rituales que echan a la mierda el escrúpulo
y confieso saber más que todos sin haber aprendido:
lo que ignoro no vale la pena, no se paga en la plaza, señores.

Acostumbro zapatos quebrados, corbatas raídas, cuidado,
cuando menos lo piensen llevo un gran solitario en un dedo
y me planchan por dentro y por fuera, me perfuman, me
cuidan, me peinan.

Me casé en Nicaragua: pregunten ustedes por el general
Allegado
que tuvo el honor de ser suegro de su servidor, y más tarde
en Colombia fui esposo legítimo de una Jaramillo Restrepo.
Si mis matrimonios terminan cambiando de clima, no importa.
(Hablando entre hombres: Mi chola de Tambo! Algo serio en
la cama.)

DE "LA ESPADA ENCENDIDA" (1969 – 1970)

X

LAS
FIERAS

Se deseaban, se lograban, se destruían,
se ardían, se rompían, se caían de bruces
el uno dentro del otro, en una lucha a muerte,
se enmarañaban, se perseguían, se odiaban,
se buscaban, se destrozaban de amor,
volvían a temerse y a maldecirse y a amarse,
se negaban cerrando los ojos. Y los puños
de Rosía golpeaban el muro de la noche,
sin dormir, mientras Rhodo desde su almena cruel
vigilaba el peligro de las fieras despiertas
sabiendo que él llevaba el puma en su sangre,
y aullaba un león agónico en la noche sin sueño
de Rhono, y la mañana le traía
a su novia desnuda, cubierta de rocío,
fresca de nieve como una paloma,
incierto aún entre el amor y el odio,
y allí los inciertos resplandecían de nuevo
mordiéndose y besándose y arrastrándose al lecho
en donde se quedaba desmayada la furia.